

MARÍA TERESA CÁRDENAS

ENTREVISTA | Nuevo libro:

La curiosa infancia de ALICIA MOREL

Como "un pájaro que salta de una rama a otra" describe la memoria esta autora de cuentos, poemas y teatro para niños que ahora entrega un libro "para adultos": la novela autobiográfica *Espejos paralelos* se presentará este jueves.

Todas las generaciones de lectores que han crecido identificando a la Hormiguita Cantora con Alicia Morel (1921), desengañense: ella fue la creadora del Duen-de Melodía, pero su personaje de la hormiga le fue impuesto por el director artístico de radio Chilena, donde la escritora empezó, en 1954, a transmitir sus cuentos. Y vuelvan a desengañarse quienes la han identificado sólo con sus libros para niños. Aunque ha escrito más de cincuenta en setenta años, esta semana Alicia Morel presentará su novela autobiográfica *Espejos paralelos* (Cuarto Propio), en la que con un lenguaje poético y finas imágenes aborda los temas más delicados de la propia infancia y adolescencia. Rebeldías, miedos y conflictos se trenzan con episodios de amistad, despertar amoroso y un temprano deslumbramiento por la naturaleza y las palabras.

No están ausentes de estas memorias —divididas en doce capítulos y fragmentadas en breves estampas— íntimas revelaciones sobre su familia, duras críticas a la madre e incluso un hecho policial. Así, profundidad y sutileza se combinan en este libro "para adultos", tal como sus relatos de *El jardín de Dionisio* (1965) y su ensayo *Variaciones literarias* (1990) sobre Katherine Mansfield y Virginia Woolf. Estos dos últimos autoeditados:

—Lo que pasa es que a mí no me publican para adultos —explica con naturalidad—. Esta es la primera vez. El ensayo sobre Virginia Woolf y Katherine Mansfield lo pagué yo y no se distribuyó por ningún lado.

A sus 88 años, Alicia Morel irradia una curiosa juventud, no sólo por el brillo de sus ojos color azul-celeste o por su delicado cutis, sino, y sobre todo, por su espíritu libre, abierto a la diversidad y a lo nuevo —busca en internet material para sus libros y responde correos electrónicos—, y un humor que por momentos la hace reír a carcajadas. Casada con William Thayer —que con 91 años parece contagiado por la vitalidad de su señora— y madre de siete hijos, recibe con calidez en el living de su casa.

—¿Qué la motivó a escribir este libro de memorias?

—Este libro lo vengo escribiendo hace mucho tiempo, siempre lo corregía y no me gustaba, había que hacerlo menos personal.

—Aquí dice que hay una parte de memoria y una parte de leyenda, ¿cuál es la leyenda?

—La leyenda son esos recuerdos más antiguos que en realidad uno nunca los escribe o los recuerda tal cual fueron, sino que son como un cuento; cada persona tiene su propia leyenda. De alguna manera, es lo que Proust llamaba la "memoria involuntaria", esa que de repente aparece porque recordó un espacio, o vino una música o un olor. Entonces aparece todo un cuadro de una época, tan real que es como si en ese momento lo estuviera viviendo.

—¿Qué música o qué olores le recuerdan la infancia?

—La música, sobre todo. Porque mi



EN EL CAJÓN DEL MAIPO.— Alicia Morel junto a cinco de sus seis hermanos. Ella es la mayor, a la derecha, y está junto al menor, con quien tiene 14 años de diferencia. "Mi madre era muy burlesca y eso nos desunió, porque nos reíamos unos de otros", recuerda.



—Usted habla de la memoria como un pájaro que salta de una rama en otra, ¿por qué quiso recuperar esa memoria subjetiva y arbitraria?

—La memoria es así. Uno no recuerda su vida ordenadamente, sino a chispazos. Esos recuerdos llegaban tan vivos, tan curiosos, que me dieron ganas de escribirlos. Porque de alguna manera... (piensa y se contesta) No, la intención no era que otros entendieran más a los niños, no. Era en el fondo entenderme a mí misma. Porque yo tuve una familia difícil de entender, mi padre tenía una personalidad muy firme, muy exigente del cumplimiento de los deberes, pero era una persona muy tierna por otro lado. Era la responsabilidad y también era la ternura porque se preocupaba mucho de todos. Y mi madre era un poco como una hermana mayor nuestra.

—El mar es la madre y la montaña el padre, dice usted en el libro.

—Sí. Entonces algunos de mis hermanos tuvieron enfermedades mentales, eran bipolares, pero en ese tiempo, cuando empezaban la psiquiatría y esas cosas, la gente los miraba como locos. Pero no eran locos, iban de la depresión a la euforia, y la euforia era la que los hacía cometer

disparates. Y yo creo que eso venía más por el lado de mi madre que de mi padre.

—¿Por eso hay una crítica tan dura hacia su madre?

—(Se ríe) Bueno, en realidad yo la he tenido que suavizar después. Porque mi madre era como niña, entonces no era capaz de tomar tantas responsabilidades y tener tantos hijos. Y mi padre era muy celoso, porque, claro, tenía a esta mujer que era siete u ocho años menor que él, que no tomó en serio su papel de madre, ¡porque no podía! No lo podía hacer.

—¿Este libro le sirvió entonces para entenderla a ella?

—En el fondo, para entender a mi madre y a toda la familia. Porque uno podía repensar las cosas, las podía ubicar cómo eran; hasta cierto punto, porque uno nunca alcanza la profundidad que se necesita para entender bien a las personas. Al final yo digo que me he quedado más

bien con la anécdota de mis hermanos y no con la finura de su espíritu. Pero algo explica, y se aprende también a amar. Mi madre era muy burlesca y eso nos desunió, porque nos reíamos unos de otros, tanto que, cuando mi marido llegó por primera vez a almorzar a la casa y lo fui a dejar a la puerta me dijo "qué terrible la manera como se tratan ustedes". Yo no me había dado cuenta, pero ahí tomé conciencia de que en realidad nos tratábamos pésimo y le sacábamos el defecto al otro, que a lo mejor ni lo tenía, para reírnos. Eso se fue puliendo con el tiempo hasta que llegamos a entender que nos queríamos y que nos podíamos decir que nos queríamos.

—¿Se sentía distinta a sus hermanos ya en ese tiempo?

—Bueno, todos somos distintos, por eso lo de los espejos paralelos. No es que yo me crea más o me crea menos; ellos también tenían sus vetas, su expresión, que no lo escribieron, claro. En todos los hermanos siempre hubo una veta artística.

—En el libro aparece un temprano miedo a la muerte. ¿Cuál es ahora su sentimiento hacia ella?

—En realidad, le tengo su respeto, porque no se sabe nada de lo que hay más allá. Yo estoy muy apegada a la familia, estoy más en este mundo que en el otro. Me apego mucho a todo, no solamente a los hijos, a los nietos, a las amistades grandes que he tenido, bueno, una de esas amigas que salen en el libro ya se murió.

—¿Se ha arrepentido alguna vez de haber dedicado sus mayores esfuerzos a la literatura infantil?

—No, no me he arrepentido, porque yo leí tanto de niña, tanto cuento que llegaba de España y que a una le daban el lenguaje. Yo creo que tengo una mirada de niño, y me río mucho a veces. Nunca perdí el contacto con la niñez, y por eso que pude escribir sobre ella.

—¿Qué libros o autores han sido importantes en esta veta "para adultos"?

—Los de Katherine Mansfield. También me ha influido mucho Virginia Woolf, la manera de escribir, que va más allá de la realidad, es como una interpretación de las cosas. Esas dos autoras son importantes para mí; también lo han sido los rusos y los ingleses. De Chile, la María Luisa Bombal, en esa línea, aunque ella es un genio. Sí, pues, hay que guardar las distancias.

ESPEJOS PARALELOS
Alicia Morel
Cuarto Propio, Santiago,
2010, 141 páginas, \$6.000.
Presentación:
Jueves 29,
19 horas, Corporación
Cultural de Las Condes.

